

Vivir felices y retirados de todos; este era el programa de nuestra vida.

Como siempre, los primeros días la curiosidad de los vecinos era muy grande por saber quién habitaba la «casa colorada;» pero ó lo averiguaron ó se fastidiaron de sus inútiles pesquisas; lo cierto es que ya luego nadie nos hacia caso.

Mi padre nunca salía á la calle y yo iba solo á misa muy de mañana.

Habia observado que iba á Catedral y á la misma hora que yo, una dama que durante la misa lloraba.

Algunas veces llevaba en su compañía un niño; otras dos, y otras iba sola. Debía ser rica, porque al salir la esperaba una soberbia carroza; pero sin duda era muy desgraciada, porque su rostro melancólico lo revelaba.

A fuerza de encontrarnos allí á la misma hora, llegamos á simpatizar: ella me saludaba y yo también. Solíamos cruzarnos algunas palabras; pero no llegábamos á tener una amistad íntima, hasta que por un incidente se estrecharon nuestras relaciones.

Una mañana salíamos de misa al mismo tiempo, y observamos algun alboroto en la plaza y que algunos que pasaban decían: ¡«Pobre, pobre!»

En medio de aquellas quejas vimos á un español que daba de golpes á un hombre, llamándole «criollo, vil, miserable» y otros mil denuestos.

La dama se volvió á mirarme, y noté que su rostro estaba demudado por la indignacion; debió conocer que lo mismo pasaba en mí, porque acercándose me dijo:

—Hé ahí lo que se espera á nuestros hijos.

—Tal vez nó—le contesté—quizá entre ellos, ó antes que ellos, venga el que nos ha de redimir.

LA CASA COLORADA.

(Concluyen
Las Memorias de Doña Juana de Carbal.)

Una noche mi padre y Luis llegaron de la ciudad, y mi padre me dijo:

—Hija mia, todo está dispuesto; vamos para tu nueva casa.

Estaba yo tan contenta en mi retiro, que casi me pesó salir de él; pero obedecí.

Llegamos á la calle de las Canoas y tomé posesion de mi nueva casa.

Tú la conoces en parte, y cuando leas estas Memorias habrás visitado los aposentos que hasta hoy han sido secretos para tí.

La casa fué de todo mi agrado; poca servidumbre, una esclava, una dueña, y Luis Herrera.

Siguiendo mis deseos, no habia querido mi padre ni carrozas ni lacayos, ni nada que diera idea de lujo ni de ostentacion.

- Dios escuche vuestras palabras; ¿lo esperais así?
- Todos los dias se lo pido á su Divina Majestad.
- ¿Venís mañana?
- Sí.
- ¿Temprano?
- Sí, señora.
- Arrodillaos junto á mí; hablaremos.
- Al dia siguiente estaba yo muy temprano en el templo, y aquella dama me esperaba ya.
- Me arrodillé á su lado y comenzamos á hablar.
- ¿Sois casada? me preguntó.
- Yo titubeaba en contestarle; pero al fin:
- No señora—le dije—pero tengo una hija.
- ¿Entonces viuda?
- Tampoco.
- Ella volvió á mirarme.
- Señora—le dije—yo era una muchacha honrada y buena; un hombre me ha engañado abusando de mi orfandad y de mi inocencia.
- ¿Y os abandonó?
- Así abandonó tambien á su hija.
- ¿No reclamásteis?
- Su padre contestó que un caballero español no podía bajarse hasta ser el esposo de una criolla.
- Pero mi marido es español.
- ¿Sereis rica?
- Mucho; desciendo por línea femenina y legítima del emperador Guatimoc.
- Señora, yo tambien, aunque por rama bastarda, desciendo de ese príncipe.
- ¿Cuál es el apellido de vuestra familia?
- Carbajal.

- Conozco esa historia: ¿me la quereis contar?
- ¿Por qué no? ¿acaso no circula por nuestras venas la misma sangre?
- Bien; iré á visitaros, aunque tengo para esto que luchar con el odio que mi marido tiene á los criollos.
- ¿Quién es, señora, vuestro marido?
- Don Nuño de Salazar.
- ¡Ah!
- ¿Qué os pasa? ¿le conoceis?
- De nombre.
- ¿Será quizá el mismo que os ha engañado?
- No señora, ese se llama Don Pedro de Mejía.
- Le conozco.
- La misa se habia terminado.
- Mañana iré á veros, *prima mia*: ¿dónde vivís?
- En la «casa colorada,» en la calle de las Canoas.
- ¿Sola?
- Con mi hija y mi padre.
- ¿A qué hora estais allí?
- Jamás salgo sino á misa.
- Iré: adios, prima.
- Adios.

* * *

De vuelta á mi casa conté á mi padre lo que me habia pasado, y aprobó aquella amistad: la esposa de Don Nuño de Salazar era una dama noble y virtuosa, y era verdaderamente de la familia del emperador.

Al dia siguiente estaba ella en mi casa.

Alentada yo con la aprobacion de mi padre, le referí la historia toda de nuestra familia, tal como la habia podido formar con los relatos de mi padre y de Luis Herrera, sin ocultarle nada de mis padecimientos y de mis desgracias.

Aquella era una mujer de un gran corazón; lloró conmigo y comprendió toda la amargura que guardaba mi espíritu.

Solo que nada le dije respecto de los amores que habia yo descubierto entre su esposo y Doña Catalina de Armijo.—

Desde aquel dia fué para mí una hermana: yo no iba á su casa por no encontrar á su marido, pero ella venia continuamente á visitarme: sus hijos iban creciendo y mi hija tambien, el mayor de sus niños era Alfonso, y el mas pequeño era Leonel.

Pasaron así muchos años, y cada dia era mayor el cariño que nos profesábamos mi prima y yo; pero no habia llegado á conocer á su marido.

Mi padre habia llegado á una edad tan avanzada, que no podia ya salir de su cuarto: sentado en un sillón pasaba la vida, no queriendo que le viese nadie, nadie mas que yo: tenia cerca de cien años, pero sus potencias intelectuales y sus sentidos tenian la misma fuerza y la misma penetracion.

Alfonso y Leonel eran ya unos jóvenes, y tú eras ya mas que una niña.

La esposa de Don Nuño murió repentinamente, y yo quedé entonces mas sola sobre la tierra y mas triste.

Leonel fué enviado por su padre á España á servir en los ejércitos del rey.

Alfonso recibió las órdenes sagradas, y su padre le prohibió que nos visitara.

Desde entonces comenzó verdaderamente la soledad y la tristeza en nuestra casa.

Alfonso venia ocultamente á visitarme, y yo habia perdido hasta las ilusiones de ver libre á México.

Me dediqué á la lectura, y aunque con muchos trabajos, logré hacerme de una buena biblioteca, en donde pasaba los dias y las noches encerrada estudiando y procurando cultivar tu alma.

México estaba conmovido; habíase levantado el pueblo instigado por algunos contra el virey Gelvez; la agitacion de los ánimos era grande, y todos temian fatales consecuencias.

En aquellos dias los españoles, acobardados, trataban á los criollos con tales miramientos, que éstos llegaron á conocerlo, y la idea de la independencia de México brotó en los cerebros de los hijos del país.

La ocasion no podia ser mas oportuna: la tierra sin gobierno y sin tropa, los españoles divididos y la exaltacion apoderada de todos los corazones.

Era el momento.

Una noche me anunciaron que me buscaba mi sobrino Don Alfonso de Salazar, y salí á verle.

—Tia, quisiera hablar á solas con vos—me dijo.

Hícele entrar á la biblioteca.

—Estamos solos, le dije.

—Se trata, señora, y quiero ahorrar preámbulos, de proclamar la independencia de México.

—¿Y quién se atreverá?

—¡Yo!—me dijo con altivez.

—Arriesgada empresa.

—Pero digna del nieto de Guatimoc.

—¿Te encuentras con valor, con fé?

—Para todo.

—La muerte quizá te espera.

—La deseo si no llego á triunfar.

—Dios te bendiga, hijo mio, como te bendigo yo en nombre de tu madre que nos escucha.

Los ojos del jóven sacerdote brillaban con el fuego del entusiasmo y del amor patrio.

—¿Es decir que aprobais, tia?

—Apruebo, hijo mio: ¿qué os hace falta?

—Nada: inteligencia y corazon me sobran; soldados, México tiene hijos que morirán por salvar su bandera; la justicia de nuestra causa y el grito de libertad valen tanto como el lábaro de Constantino para llevar á un pueblo á la victoria. Solo esperaba vuestra aprobacion, porque vos sois para mí la representacion de mi madre.

—¡Dios te bendiga, Dios te bendiga y te salve!

—Que salve nuestra causa, que salve á México, y aunque yo muera.

—Hijo mio, eres un héroe: si necesitáseis dinero, yo tengo, no os detengais, yo tengo mucho y todo será para vosotros.

—Gracias, señora, gracias, nada nos hace falta; hemos comenzado nuestros trabajos y nos reunimos en la casa del Cristo, calle de Ixtapalapa: id una noche y vereis.

—Iré, aunque á nadie vea, para verte á tí, hijo mio, y para ayudarte en lo que pueda.

Desde aquella noche sigo los trabajos de los nobles hijos de México.....

XXI.

De cómo Martin Garatuza salió de México.

MARTIN se frotó los ojos con las manos y cerró el libro; habia leído por espacio de dos horas, á la triste luz del cuarto del Zambo, y descifrando casi la letra de aquel manuscrito.

Apoyó su frente sobre su mano extendida, y quedó por un largo rato meditando; por fin hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Válgame Dios! y qué cosas hay en estas familias nobles! ¿Habránse visto horrores como los que contiene esta historia? La verdad es que todos los dias vemos cosas semejantes; pero será porque siempre impresiona mas lo que se lee, ó porque en un momento han pasado ante mi vista los acontecimientos de un siglo, lo cierto es que casi estoy por decir que estas Memorias me han trastornado.

Tomó el libro y volvió á hojearle.

—¡Vaya! Pues el tal Don Felipe, que á la cuenta debe vivir todavía, es el indio mas viejo de toda la cristiandad..... ¡Y cómo viven estos indios! Con razon cantan:

Cuando el indio encanece
El español no parece.